

LOS EVANGELIOS SINÓPTICOS. EL ROSTRO HUMANO DE JESÚS

INTRODUCCIÓN

La complejidad del tema que vamos a desarrollar no está completamente dilucidada. Esta afirmación se podrá comprobar al acabar de leer el presente tema. El Evangelio es uno, pero tan plural como el propio hombre al que va dirigido. Esta pluralidad que encarna con la forma democrática actual, viene representada por los distintos y a veces distantes autores que lo componen.

Aquí nos vamos a ocupar de tres de estos autores: Mateo, Marcos y Lucas. Esta presentación que es la habitual en todas las traducciones que existen de la Biblia, comienza a presentar el llamado problema sinóptico, pues como veremos a continuación no corresponde cronológicamente hablando, a la antigüedad de los escritos.

La psicología propia de cada autor se refleja en la obra, así como la problemática de sus vivencias personales y la de las personas a las que dirigen sus escritos. No en vano, pues el Dios de las religiones es un Dios vivido. Es un Dios de personas concretas, sean estas Abraham, Moisés, David, Isaías, Jesús, Lucas o Pablo. El Dios expresado desde las religiones no es el pensado desde las filosofías. Esta variante quedará reflejada al terminar nuestra exposición.

Mateo, Marcos y Lucas componen la tríada de evangelistas denominados sinópticos. Ellos, desde sus particularidades personales nos realizan una sinopsis del Jesús de la historia. Y esta particularidad que los diferencia entre sí, y que remite, según lo dicho al mundo religioso, es la que ha venido llamándose el problema sinóptico. Comencemos pues explicando dentro de los evangelios sinópticos en que consiste dicho problema.

EL PROBLEMA SINÓPTICO

El "Jesús de la historia" ¿distinto al "Cristo de la fe"?

La teología moderna ha querido señalar cuán distinto resulta contemplar al Jesús que vivió en nuestra historia proclamando la Buena Nueva de Dios o al Jesús que vive en la metahistoria (en el "más allá" = ámbito de Dios), proclamado después de pascua como Cristo glorificado. Se trata, en realidad de distinguir entre el Jesús terreno que compartió nuestra humanidad y el Cristo resucitado (que es aquél mismo Jesús de la historia) pero que vive fuera de la historia en el pneuma (= espíritu) de Dios (TEXTO 1).

La distinción apuntada no es indiferente, aunque se afirme tratarse de una misma persona: Jesús, el Cristo (= Jesucristo). Nos encontramos ante el misterio y los designios de Dios, que quiso revelarse a los hombres siguiendo unos senderos que no son los nuestros. Jesús vivió entre los judíos durante más de treinta años, sin que sus contemporáneos advirtiesen la divinidad de su persona. Extremando el razonamiento podríamos añadir que ni el mismo Jesús (en cuanto hombre) fue consciente de su auténtica realidad óptica (= realidad de su ser divino). Sus contemporáneos vieron en él un gran Profeta, un hombre de Dios que predicaba el amor y el perdón, anunciando la venida del Reino de los cielos. Pero no fueron capaces de «ver» más.

Fue preciso que Dios actuase de nuevo provocando el gran suceso de Pentecostés, anunciado por Jesús a sus discípulos. El Espíritu inundó a todos con la luz que necesitaban para comprender lo sucedido. Entonces reconocieron a Jesús; conocieron que era nada más y nada menos que el mismísimo Hijo de Dios, en el más pleno sentido. Y entonces comenzaron a vislumbrar la profundidad del mensaje de Jesús, la hondura de sus palabras, la dynamis (= fuerza de Dios) de sus obras, el valor, en suma, de su muerte y la trascendencia salvadora de su resurrección, con la que el Padre daba por cumplida la misión redentora del Hijo.

Los autores de los evangelios escritos quieren presentar a sus lectores el gran acontecimiento cristiano, iluminado a la luz de la nueva fe, centrado en la figura de quien ahora conocen como el Cristo resucitado y glorificado. No tratan de convencer a sus lectores de la humanidad auténtica de Jesús de Nazaret, al que adoran ya como Dios. Su ser humano lo percibieron todos. En realidad es lo único que conocieron de Jesús: su extraordinaria humanidad que atraía a los humildes y desheredados, desconcertando a los soberbios y poderosos de la tierra.

Los evangelistas vuelan ahora más alto al presentar la figura de Jesús, transformado en el Cristo de la fe. El Jesús de la historia es ahora el Kyrios (= Señor de la gloria), el Hijo de Dios, a quien reconocen como el Cristo de la fe (1). Ello les hace descubrir cuánto estuvo oculto en el Jesús con quien convivieron. A la luz de esta fe, sus palabras, sus gestos, toda su obra cobra una nueva dimensión y adquiere un nuevo sentido. Pueden entender la revelación proclamada en el himno cristológico de Filipenses 2, 6-11 (2), donde la divinidad queda oculta en la kenosis de Jesús vaciamiento, anonadamiento de sí mismo): *siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios* (v. 6).

Es esto lo que quieren ahora proclamar a los cuatro vientos. Decir a todas las gentes que aquel Jesús de la historia a quien sentenciaron los sumos sacerdotes, colgándolo en la cruz hasta darle

muerte «*a éste, Dios le resucitó librándole de los dolores del Hades (= infierno, muerte)* (Hch 2,24) Y es el mismo Cristo vivo de las apariciones.

Para ello los evangelistas proyectan sobre la vida terrena de Jesús todo lo que conocen ahora del Cristo resucitado, ofreciendo una visión completiva del acontecimiento cristiano en la que no prima tanto la realidad histórica cuanto la comprensión de la fe.

De esta exaltación de la divinidad de Jesús, percibida en su resurrección (no antes), nace el cristianismo cuya fuerza de expansión pervive hasta nosotros. Pentecostés fue el aldabonazo de Dios, la luz desbordante que hizo ver claramente el misterio salvífico de la resurrección de Jesús. *Si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana*, dice San Pablo a los de Corinto (2Cor 15,17).

¿Cómo recuperar hoy la dimensión histórica de Jesús? A fuerza de repetirlo y de ahondar en la divinidad de Jesús, aceptado como el Cristo de la fe, hemos llegado a quedarnos sólo con éste olvidando tal vez la realidad inseparable del Jesús de la historia. No basta que la Iglesia haya definido con firmeza la presencia de las dos naturalezas, divina y humana, en Jesucristo, « ... sin confusión, sin cambio, sin división, sin separación» (Concilio ecuménico de Calcedonia: a. 451).

La fe popular se ha quedado por lo general con la comprensión de un Jesús resplandeciente de gloria, diríamos que de estampita piadosa, en la que la divinidad tapa y oscurece todo atisbo de verdadera humanidad en Jesús. Al cabo de los siglos, la teología moderna viene a interesarnos de nuevo en la humanidad de Jesús, a fin de que comprendamos mejor el plan salvífico de Dios, Si los evangelios se esfuerzan en mostrar la divinidad del Jesús terreno, iluminando su obra a la luz de la fe, la teología de hoy intenta resaltar la humanidad prepascual del Cristo de la fe, para que no perdamos la perspectiva del Jesús de la historia, es decir, para reencontrarnos con el rostro humano de Jesús.

Diríamos que se dan dos teologías complementarias o dos modos teológicos de contemplar el hecho cristiano. Se trata de dos perspectivas diferentes. Una, teología «desde arriba», enfoca el acontecimiento cristiano desde la perspectiva de Dios. Dios lleva siempre la iniciativa. Se hace hombre (sin dejar de ser Dios) en Jesús de Nazaret para, desde la humanidad asumida, consumir la salvación del hombre. Partiendo de este planteamiento, en Jesús vemos siempre al Dios que actúa y redime. Sus actos Y palabras muestran siempre la sabiduría, y el poder de Dios. Pero esta visión no es la verificación de la historia, sino la historia “deformada” por la fe.

La otra teología a que aludimos se proyecta «desde abajo» desde la perspectiva del hombre. Muestra los hechos acaecidos en el “más acá” (los evangelios sinópticos muestran al hombre

donde San Juan revela a Dios), la forma en que Dios quiso que se cumpliera su plan de salvación. Estos hechos son la historia realmente vivida por Jesús, “kenotizado” en una humanidad plenamente asumida.

Sus contemporáneos y seguidores no pudieron captar en él otra cosa. Acaso intuir al Mesías que esperaban con ansiedad (no necesariamente de naturaleza divina), en quien Dios manifestaba su palabra y su poder. ¡Como que era el mismo Dios quien estaba moviendo los resortes de la humanidad de Jesús! Pero, actuando desde la plena libertad conferida al hombre Jesús; siguiendo paso a paso el camino que habría de recorrer en la tierra hasta su revelación total como el Cristo resucitado de los cielos (3).

Esta forma de contemplar el hecho cristiano permite seguir mejor el designio divino, apreciando las cosas como Dios quiso realizarlas entre nosotros. Comprendemos ahora lo que queremos significar cuando hablamos del Jesús de la historia y cuando nos referimos al Cristo de la fe. Hablamos del acontecimiento cristiano en su totalidad, partiendo del Jesús “kenotizado” de la historia para terminar en la meta-historia (= más allá de la historia) del Cristo resucitado de la fe.

La Tradición Apostólica

¿Qué entendemos por Tradición Apostólica? (4). La transmisión del hecho cristiano, durante veinte-treinta años, se realizó de modo oral y sólo aisladamente mediante pequeños fragmentos escritos que recordaban algún hecho o dicho de Jesús. Fueron sus discípulos los encargados de transmitir la buena nueva del Evangelio. Con ellos comenzaba la tradición que llamamos apostólica. (TEXTO 2)

Los evangelios dan cumplida noticia del llamado Colegio Apostólico instituido por Jesús. *Escogió a doce para que fuesen sus compañeros y para enviarlos a predicar con poder de arrojar a los demonios* (Mc 3,14-15). El evangelio de Marcos, según acuerdo general de la crítica moderna, es el más arcaico; estamos, pues, ante el relato evangélico más antiguo y, por consiguiente, ante una de las tradiciones apostólicas más primitivas.

Mateo, después de citar los nombres de los doce apóstoles (Mt 10,2), agrega que *a estos doce envió Jesús, después de haberles dado.. instrucciones* (v. 5). Y Lucas, refiriendo la elección de los Doce, precisa: *a los cuales dio el nombre de apóstoles* (Lc 6,13), es decir, enviados.

Jesús se acomoda a los usos de su tiempo al disponer que la trasmisión de su mensaje se realice oralmente y de modo testimonial, como testimonial había sido toda su predicación. La tradición, arrancando de Jesús, se perfila como el desarrollo de los acontecimientos originarios que culminan en la Pascua, es decir, en la muerte-resurrección de Jesús y en el acontecimiento de Pentecostés. Por ello, la primera predicación se centra en la proclamación del suceso pascual: ¡el «kerigma»!): *a Jesús Nazareno,... vosotros le matasteis clavándole en la cruz por mano de los impíos; a éste, pues, Dios le resucitó...* (Hch 2,22-24). El “Kerigma es el contenido de la primera predicación apostólica oficial de la naciente Iglesia de Cristo. En él se proclama la “dynamis” (= fuerza de Dios), operada en el Resucitado. El Jesús que murió en la cruz, vive, es el Cristo presente en las apariciones.

Las tradiciones recogidas en los evangelios provienen. de estas fuentes; son la memoria de Jesús conservada en las primeras comunidades cristianas fundadas por los apóstoles. En realidad, se trata de dos tradiciones una, pre-pascual, referida a Jesús: sus palabras, sus hechos, las actitudes y enseñanzas prodigadas durante su vida pública. La otra arranca de la fe Pascual ¡Cristo vive! incluye la proclamación del “kerigma”, el nacimiento de la Iglesia, el culto a Jesús adorado como Dios, la predicación del evangelio y el comienzo de la expansión del cristianismo (5).

Todo ello caracterizado por unas formulaciones fijas, estereotipadas, de fácil memorización, adaptadas para su transmisión oral, sin deformaciones. Y siempre bajo la mirada atenta de los apóstoles, depositarios y garantes autorizados de la fe en Jesucristo.

Los evangelios escritos nacen en estas primeras comunidades cristianas, precisamente, cuando aparece el peligro de una trasmisión que pudiera no ajustarse con fidelidad al mensaje de Jesús. Los apóstoles comienzan a morir Al desaparecer ellos desaparece también la garantía que representan de fidelidad al Evangelio de Jesús. Es preciso fijarlo todo por escrito, cuando todavía está vivo, y sin desviaciones, el depósito de la predicación apostólica conservado en estas comunidades. Así, los evangelios escritos son el testimonio más genuino de la fe vivida por los primeros cristianos de la época apostólica.

No obstante, lo dicho no debe llevar a la conclusión de que los evangelios hayan nacido de un modo sencillo, como si las comunidades se hubieran tomado por sí el cuidado de poner por escrito la fe que vivían. Las tradiciones orales circularon mucho tiempo por las comunidades cristianas sin que éstas sintieran la preocupación de la pureza de su transmisión, entre otras cosas, porque esperaban la inminencia de la Parusía (= segunda venida M Señor) (6).

La comprobación de que esta venida no llegaba con la prontitud que deseaban, y el hecho de que comenzaran a morir los apóstoles, como se ha dicho, fue lo que hizo pensar en la necesidad de poner por escrito la predicación apostólica, a fin de preservarla de todo posible error posterior. Pero el proceso de formación de los evangelios sinópticos, fue largo, como larga y trabajosa ha sido la tarea de su investigación.

Nosotros no vamos a profundizar en el tema, nos limitaremos a dar unas ideas que permitan situarnos en la problemática del hecho sinóptico y apuntar algunas de las soluciones más generalmente aceptadas por los entendidos.

¿Cuál es, propiamente dicho, el problema sinóptico?

EL problema sinóptico queda al descubierto cuando al analizar los evangelios observamos sus similitudes y sus diferencias y, sobretodo, cuando intentamos formar un juicio que explique tales coincidencias o disparidades. ¿Qué vida tuvo la tradición hasta quedar fijada en los evangelios escritos? ¿Cómo actuaron sus autores al componerlos? ¿Qué materiales utilizaron para su redacción; de qué fuentes se sirvieron? ¿Cómo interpretar sus desacuerdos, si todos refieren el mismo acontecimiento de Jesús, el Cristo? ¿Y, cómo entender sus coincidencias, muchas veces literales (= conforme a la letra del texto), cuando se trata de autores distintos que escribieron en lugares y tiempos diferentes? (TEXTO 3).

La crítica histórico-literaria hubo de trabajar intensamente para tratar de resolver tanto problema. La investigación partía de los textos de que disponemos, tal como quedaron fijados definitivamente al ser redactados por los evangelistas. Había que mirar hacia atrás, intentando descubrir la historia de cada relato o sentencia del Señor, recorriendo las distintas fases por las que pasó la tradición hasta dar con las «formas» más primitivas de ella. Esto se lograba mediante la aplicación de los llamados métodos de la «historia de las formas» y de la «historia de la redacción».

Aun así, quedaba la posibilidad (y de hecho se da: comparar las lecturas del Padrenuestro en Mt 6 y en Lc 11, por ejemplo) de que dos o más redacciones reclamen la mayor cercanía de los hechos: ¿cuál de las dos es la cierta? Y resta todavía la cuestión de la historicidad: saber si ocurrieron los hechos o se pronunciaron las palabras tal y como se dice en los textos o si éstos reflejan sólo la interpretación que se hizo de los acontecimientos.

La comparación entre sí de los tres evangelios de Mateo, Marcos y Lucas hizo ver las indudables dependencias existentes entre ellos y la autonomía, no obstante, con que actuaron cada uno de sus autores al componerlos (TEXTO 4).

Una ley hermenéutica (= de interpretación) nos dice que de dos textos referentes a un mismo acontecimiento, uno de ellos corto o incompleto y otro más extenso y con visión más amplia y detallada de lo relatado, de los dos, el más pobre es el más antiguo. Nadie escribe una obra, partiendo de otra anterior, de modo que su contenido resulte más defectuoso y escaso de información que el de la obra precedente. Lo lógico es que la amplíe con nuevas aportaciones, fruto de su investigación personal. Así sucede con el evangelio de Mateo en relación con el de Marcos. No parece aceptable que Marcos partiese de la fuente de Mateo, sino antes al contrario. Mateo Y Lucas copian la casi totalidad del evangelio de Marcos, pero ambos lo complementan con información obtenida de otras fuentes.

En ocasiones, los relatos de Mateo y Lucas coinciden en extremos que no constan en el evangelio de Marcos. Ello pone de manifiesto que ambos autores se han servido de una fuente común, distinta de la de Marcos. A esta fuente desconocida se la ha denominado por la crítica científica con la letra Q, inicial de la palabra alemana Quelle (= fuente). Se trataría de la recopilación de algunos escritos menores de milagros o sentencias de Jesús, que no han llegado hasta nosotros, conservados en las comunidades al lado de las tradiciones orales.

Por último, existen pasajes de milagros o palabras de Jesús que sólo aparecen en un evangelista y no en los otros. Ellos representan las fuentes propias de cada autor, que pudieron no hallarse al alcance de los otros evangelistas.

Para clarificar toda esta madeja de situaciones y dependencias de los evangelios sinópticos se han aventurado, como se ha indicado, teorías o propuestas que tratan de explicarlo. Se habla de triple tradición cuando se halla presente en los tres evangelios; de doble tradición cuando son sólo dos los que la contienen y, por último, de tradición simple cuando se muestra en un solo evangelio. Entre las distintas formas de explicar el contacto literario de los tres evangelios, ofrecemos una de las teorías aceptadas con mayor unanimidad, llamada de “las dos fuentes”.

Las fuentes de Mateo y Lucas serían, fundamentalmente, dos: el evangelio de Marcos (el más antiguo, como se ha dicho) y la desconocida fuente Q. Papías (escritor apostólico de finales del siglo I) habla de un remoto evangelio de Mateo, escrito en arameo, que nos es desconocido. Algunos estudiosos han supuesto que este evangelio, traducido después al griego, habría sido la

fuentes del evangelio de Marcos. Pero es sólo una teoría, sin base, al no conocerse los textos de tal evangelio en ninguna de sus dos supuestas formas, aramea y griega.

Atendiendo a los versículos y a su relación con unos y otros evangelios, se han propuesto diversos esquemas que tratan de explicar el fenómeno de la comunicación entre ellos, si bien no pueda tomarse muy al pie de la letra el cómputo de los versículos considerados, por diferir el modo de contarlos entre unos y otros especialistas. Los datos que siguen están tomados del padre Xavier León Dufour, insigne biblista (7). Los números connotan los versículos. Así:

Trescientos treinta versículos de Marcos están en Mateo y Lucas. Mateo toma 193 versículos de Marcos, que no están en Lucas. Y éste, 85 que no están en Mateo. Mateo y Lucas tienen 230 versículos cada uno que no proceden de Marcos, sino de la fuente Q. Y, por último, cada uno de los tres evangelistas posee un número de versículos propios, que no están en los restantes evangelios.

Desde la fe vivida al evangelio escrito

¿Cómo se pasó de la fe vivida al evangelio escrito? No es fácil responder con brevedad la pregunta. El conocimiento de la prehistoria de los evangelios ha costado mucho esfuerzo y tesón hasta llegar a conclusiones que pudieran merecer una aceptación generalizada. Son muchos los factores determinantes, muchos los años de investigación y exégesis de los textos evangélicos. Mucho es también el estudio acumulado para tratar de desentrañar el llamado problema sinóptico.

Para ello hubo que adentrarse antes en el conocimiento satisfactorio de los movimientos y vivencias de las primeras comunidades y de los modos en que pudo transmitirse en ellas el mensaje cristiano hasta adquirir las formas concretas de expresión con que aparecen en los evangelios escritos.

Los autores de la crítica racionalista del siglo XIX y comienzos del XX, habían llegado a conclusiones extremas que ponían en duda la realidad histórica del mensaje evangélico, y aun la del mismo Jesús, atribuyéndolo todo a la fuerza creadora de las primeras comunidades. Lo único positivo para estos autores, a cuya cabeza hay que situar a Bultmann, era la predicación del «kerigma» de la comunidad (lo que ella creía), sin mayor insistencia en el Jesús histórico, cuya realidad estimaban no necesaria e imposible de demostrar.

Al tratar de exponer la prehistoria de los evangelios, no seguimos el camino de los especialistas, remontando hacia atrás los distintos estadios por los que pasó la tradición hasta

quedar fijada en los evangelios sinópticos que conocemos. Este modo de leer la historia, invirtiendo el orden de su cronología, interesa sólo a los especialistas. Nosotros, partiendo del crédito que nos merecen, presentamos la prehistoria evangélica arrancando de las conclusiones más remotas a las que ellos llegaron, siguiendo, siquiera sea con gran simplificación, el orden normal de la historia. Afortunadamente, los radicalismos de otras épocas cesaron y hoy puede reconstruirse serenamente el pasado de aquellas comunidades, cuya reflexión y vivencia resurreccionista quedaron plasmadas en los evangelios.

El primer estrato de la prehistoria evangélica es, sin duda, la predicación de Jesús. La novedad de su enseñanza, sus parábolas y sentencias, la decidida actitud en favor de los más necesitados y su enfrentamiento con los ricos y poderosos, es algo que hubo de impresionar fuertemente a sus oyentes.

Jesús se presenta como un profeta singular. El anuncio del Reino de Dios, que «está cerca», cobra en él un acento único. Nadie lo había proclamado antes con más fuerza. Sin prejuzgar todavía la Pascua, la gente tuvo que tomar conciencia de hallarse ante uno de los más grandes profetas de Dios.

No conocemos si en el período pre-pascual se contaban ya las acciones de Jesús, sus curaciones y sus sentencias. Es probable. Sobre todo después de que enviase a predicar «de dos en dos» y con poder a los discípulos (Mc 6,7). Lo que sí parece cierto es que Jesús utilizaba al enseñar los mismos procedimientos didácticos del judaísmo, tales como relatos breves y sentencias y parábolas concisas, expresado siempre en lenguaje sencillo y de fácil memorización.

En todo caso, hemos de ver en el recuerdo y transmisión primera de los hechos y palabras de Jesús, el germen histórico de lo que habría de culminar después de la Pascua en el mensaje evangélico, visto ya desde la fe en el Cristo resucitado.

Un segundo momento en la evolución del hecho cristiano lo constituye la explosión de fe surgida a partir de la resurrección de Jesús. Las apariciones de aquél a quien todos vieron morir en la cruz, atestiguan la evidencia de que ¡vive!: es el Cristo glorificado y resucitado por Dios. Y no son sólo sus discípulos y seguidores más cercanos los que lo afirman, tal vez ofuscados por el dolor de la ausencia del maestro muerto.

Pablo lo presenta así: *se apareció a Cefas y luego a los doce; después se apareció a más de quinientos hermanos a la vez... luego se apareció a Santiago; más tarde a todos los apóstoles y en último término se me apareció también a mí, como a un nacido fuera de tiempo* (1Cor 15,5-8). La

acostumbrada vehemencia del apóstol Pablo (¡antiguo perseguidor de los cristianos!) proclama con rotundidad e insistencia el suceso, como testigo indigno de la presencia del resucitado.

La explosión de fe experimentada tras la resurrección ¿cómo la vivieron los primeros cristianos? La fe agrupa a los discípulos y seguidores más cercanos de Jesús, formando la primera comunidad cristiana. Pentecostés hará de ella la primera iglesia de Cristo. Es ahora cuando se profundiza en los recuerdos y se reinterpreta cuanto Jesús había hecho y enseñado. Mientras, viven en comunión y con intensidad el nuevo culto establecido, celebrando entre oraciones y cánticos la fracción del pan según les había ordenado el. Señor: *haced esto en memoria mía* (1Cor, 11,24).

Una nota característica de estos primeros cristianos la constituye su proselitismo, es decir, el celo ardiente por conseguir nuevos adeptos a la causa de Cristo. La naciente fe no puede ser patrimonio de unos pocos privilegiados, sino que ha de alcanzar a todos los hombres. Comienzan a producirse de este modo las primeras «formas» de transmisión del mensaje de Cristo. La predicación apostólica, iniciada con el «kerigma», alcanza pronto otros modos más amplios de comunicación a fin de llevar la fe y la salvación del evangelio a todas las gentes.

Aceptado el «kerigma» (muerte-resurrección de Cristo), los neófitos y catecúmenos son integrados ya en la comunidad cristiana, si bien quedan sometidos por algún tiempo a la debida instrucción o catequesis, antes de recibir el bautismo. El desarrollo de la *didajé* comienza desde este momento a tomar formas literarias concretas, circulando de unas a otras comunidades .

No podemos precisar con exactitud cuáles fueron estas formas primeras de la tradición o tradiciones circulantes, pero sí que se llegaron a plasmar con el tiempo en unidades bien definidas de relatos y sentencias, integrantes del acervo de cada comunidad, cuya conservación oral y parcialmente escrita son la base de los evangelios definitivos.

Se dibujan tres etapas en la tradición apostólica originaria de nuestros evangelios. Una primera es el acontecimiento: Jesús de Nazaret y su obra. La segunda está constituida por el testimonio resurreccionista de las primeras comunidades y por su incansable actividad propagadora de la fe recibida. Por último, está la etapa de la redacción, caracterizada por un lento proceso de elaboración de los textos, en cuya redacción sin duda intervinieron distintos autores anónimos, antes de que un último autor los fijara definitivamente en los evangelios que conocemos. Este largo camino redaccional ha sido estudiado ampliamente por la Historia de la redacción, compañera inseparable de la Historia de las formas. Ambas disciplinas han hecho posible el conocimiento que hoy tenemos de la formación de los evangelios escritos.

LOS EVANGELIOS SINÓPTICOS: Marcos-Mateo-Lucas

El evangelio de Marcos

Al adentrarnos con mayor detenimiento en el examen de los evangelios sinópticos, parece oportuno insistir una vez más en algo que ya ha sido insinuado con anterioridad. No podemos pretender precisiones ni exactitudes al hablar de sucesos, actores, lugares y datación de hechos relacionados con las primeras comunidades cristianas, con sus vicisitudes y con el desarrollo que tuvieron en ellas las etapas preparatorias de los evangelios escritos.

Pisamos las arenas movedizas de un pasado que, si dejó rastros suficientes e importantes de su existencia, éstos no fueron tantos como habríamos deseado para precisar con mayor detalle el desarrollo y movimientos de las comunidades en que nacieron los evangelios que estamos estudiando.

¿Dónde se escribió el evangelio de Marcos? No es fácil determinar con precisión la respuesta. Algunos autores, haciendo crítica interna de la obra, piensan que pudiera haberse escrito en Galilea. Basan la afirmación en la importancia que el autor concede a la región del norte de Palestina. Allí vive Jesús y allí realiza la mayor parte de su ministerio, siendo de Galilea también los discípulos que le acompañan en su predicación. Y es allí donde Jesús envía a sus discípulos para reunirse con ellos después de la resurrección, Según la tradición galilaica seguida por Marcos. De otro lado, Galilea -con Jerusalén- fue uno de los focos principales del cristianismo naciente, en cuyo seno pudo surgir el evangelio de Marcos (TEXTO 5).

No obstante, la opinión más generalizada de la crítica es contraria a esta argumentación. En su contra se apunta, entre otros motivos, el dudoso conocimiento geográfico del norte de Palestina mostrado por el evangelista cuando, por ejemplo, señala (Mc 7,31) que Jesús marchó de la región de Tiro, y vino de nuevo, por Sidón (!), al mar de Galilea, atravesando la Decápolis

Más bien se cree que el evangelista dirige su obra a cristianos procedentes del paganismo, no judíos, residentes fuera de Palestina. Ello justificaría la explicación que se hace de las palabras arameas y de las costumbres hebreas aparecidas en el evangelio, para mejor comprensión de sus lectores. Esta circunstancia y algunos detalles más del texto han llevado a pensar, con el refrendo de autorizados testimonios antiguos, que la ciudad originaria del evangelio de Marcos sea Roma

(Clemente de Alejandría Jerónimo, Eusebio, Efrén), aunque no falten algunos otros que señalan Alejandría o Antioquía como patria del evangelio.

La comunidad cristiana de Marcos sufre, sin duda, las consecuencias de una situación de peligro y persecuciones, provenientes tanto del judaísmo como de Roma. Víctimas señaladas de este momento histórico son, entre otras muchas, Santiago, el hermano de Juan (Santiago el Mayor), mandado matar por Herodes Agripa I (a. 43-44) y más tarde, el otro Santiago, el hermano del Señor, ejecutado en Jerusalén el año 62 a manos de los judíos, por instigación del sumo sacerdote Anás II

El evangelio deja transparentar esta azarosa situación, en cuyo ambiente de diáspora y persecuciones vive la comunidad el seguimiento de Jesús. No es posible saber con certeza mucho más de la comunidad que viera nacer en su seno el evangelio de Marcos. Sólo tal vez presumir que fuera muy cercana a la predicación de Pedro.

¿Qué podemos saber de su autor? El evangelio de Marcos comenzó a circular sin firma. Era bastante frecuente en aquellos tiempos la circulación de escritos sin la constancia del autor. La comunidad a quien se dirige, conocía sin duda su procedencia y eso bastaba. Se estaba por entonces más atento a la verdad del mensaje transmitido que a otros detalles del escrito, como el de hacer constar en él la autoría de quien lo escribió.

Cuando comenzó a circular el evangelio por otras comunidades, tal vez se advirtió la conveniencia de agregar la frase «según Marcos», para darle mayor credibilidad, siendo ésta la razón de la tardía aparición del nombre del autor.

Pero ¿quién era Marcos? El Nuevo Testamento nos da algunas noticias al respecto. Habla de un tal Juan, por sobrenombre Marcos, viviendo en Jerusalén, muy cercano a los primeros cristianos si no es que ya él lo era también (Hch 12,12a; 13,13). Embarca con Bernabé su primo, en el primer viaje apostólico de Pablo, si bien en Perge de Panfilia se separa de ellos para regresar de nuevo a Jerusalén (Col 4,10; Hch 13,14). Allí vive con su madre, María, en cuya casa se reúne la comunidad cristiana para la oración (Hch 12,12b). Cuando Pedro sale de la prisión se dirige a la casa de María.

Por último, Marcos figura entre los colaboradores de Pablo (Flm 24) que lo considera *muy útil para el ministerio* (Tim 4,11). Y lo vemos también como compañero de Pedro en Roma, según lo atestigua la despedida de su carta segunda: *Os mandan recuerdos... y en particular mi hijo Marcos* (1 Pe 5,13).

Supuesto que todos los citados: (Juan-Marcos, Juan y Marcos) sean el mismo Marcos que buscamos, podemos entender que se trata de un joven cristiano (vive todavía con su madre) de Jerusalén. Su conversión al cristianismo tal vez se produjo en su propia casa, donde sabemos que acudían los apóstoles para orar.

Allí hubo de trabar conocimiento con ellos y escuchar la doctrina de Jesús. Tanto debió de calar en él la Buena Nueva de Cristo, que cuando su primo Bernabé sale con Pablo de Tarso en su primer viaje de evangelización, se embarca con ellos, si bien en la primera escala en Perge se arrepiente, volviéndose a Jerusalén. No sabemos la causa de esta determinación, pero sí que Marcos continuó más tarde colaborando en la predicación del evangelio con Bernabé, con Pablo, que lo considera <<muy útil>> y con Pedro.

Según lo anterior, conocemos ya a Marcos. ¿Pero es este Marcos el evangelista? La tradición más primitiva de la Iglesia así lo asegura. Al frente de esta tradición ha de colocarse a Papías, obispo de Hierápolis (s. I-II d.C.), cuyo importante testimonio es de los más antiguos. <<Y el anciano dijo esto también: Marcos habiéndose convertido en el intérprete de Pedro, escribió cuidadosamente todo lo que se acordaba de las cosas que había dicho y hecho el Señor, sin mantenerlas en orden. Porque ni oyó al Señor, ni le siguió, sino que posteriormente, como dije (siguió) a Pedro que adaptó su predicación a las necesidades (de sus oyentes), mas no como si estuvieran bosquejando un acontecimiento bien trabado de los dichos del Señor. Así, pues, no se equivocó Marcos al recordar algunas cosas tal cual y ponerlas en su obra, porque tuvo cuidado de no omitir nada de lo que él había oído y de no hacer una exposición falsa>>

Juan el anciano, citado por Papías, no es el apóstol Juan, sino un cristiano de la primera generación, que probablemente conocía bien a los discípulos del Señor. Existen aún más testimonios de la antigüedad señalando a Marcos como autor de su evangelio. En el prólogo antimarcionista» (a. 160-168) se dice: «Marcos... era el intérprete de Pedro; una vez muerto Pedro escribió este mismo evangelio en la región italiana».

También Ireneo (finales del s. II) dice: «después de la muerte de aquellos (Pedro y Pablo), Marcos, el discípulo e intérprete de Pedro, también nos legó por escrito las cosas predicadas por Pedro». Orígenes (s. III) todavía es más explícito: «el evangelio de Marcos, realizado según las instrucciones de Pedro, quien consideró a Marcos como a un hijo».

La crítica moderna se muestra conforme a la paternidad de Marcos respecto del evangelio que lleva su nombre y a que éste sea el Marcos colaborador de Pedro y de Pablo, de quien hemos hablado, uniéndose así al testimonio de Papías, unánimemente aceptado por la antigüedad.

Un autor contemporáneo (V. Taylor) señala que «en una época en la que la tendencia de la tradición cristiana era la de fundamentar la autoridad de los evangelios en los apóstoles, debió existir una razón muy poderosa para lanzar esta proposición, siendo así que Marcos no era un apóstol».

¿Cuáles son las fuentes del evangelio de Marcos? La crítica actual parece estar convencida con mayoritaria unanimidad de que el evangelio debió de escribirse antes del año 70, fecha de la destrucción de Jerusalén por los romanos. De otra parte se sabe (Ireneo y Prólogo antimarcionista) que Marcos escribió su obra después de la muerte de Pedro, acaecida el año 64 d.C. A la vista de estos datos se piensa, que Marcos pudo muy bien escribir su evangelio alrededor del año 65 d.C.

De lo que hemos venido diciendo se desprende que la fuente, quizás más importante, sea la predicación de Pedro, con quien convivió el evangelista en Roma durante los últimos años de vida del Apóstol. Pero ello no quiere decir que sea la única fuente manejada por el evangelista Marcos. Como se ha venido insistiendo, circulaban ya por las comunidades cristianas pequeños escritos anónimos dispersos, que relataban hechos y sentencias del Señor. Además se habla también, como ya se indicó anteriormente, de un determinado evangelio arameo de Mateo, traducido después al griego, que nos es desconocido actualmente, pero que pudo estar en manos del evangelista Marcos al escribir su obra.

Marcos, que por su juventud no llegó a conocer con toda seguridad a Jesús, relata como si de un testigo se tratara los hechos y palabras del maestro, evidenciando los recuerdos de la predicación de Pedro que escuchara tantas veces en el tiempo de convivencia con él. Pero otras veces, la estructura poco ordenada de su evangelio, pone de relieve el aprovechamiento de unidades anteriores, recogidas e interpoladas por el autor en su obra. Poco más puede aportarse a los antecedentes pre-evangélicos de Marcos.

En relación a la obra propiamente dicha, debe destacarse su originalidad. Con el texto de Marcos se inicia un género nuevo en la escritura cristiana: el evangelio (8). Ciertamente que se inspira en la predicación y en el tesoro de recuerdos, orales y escritos, acumulados en las comunidades apostólicas. Hasta el evangelio de Marcos, no se había compuesto relato alguno que recogiera con sentido de unidad la obra y palabras de Jesús, situándolas en el contexto historificado de su vida pública y de los hechos que la siguieron referentes a su pasión, muerte y resurrección. La última

sección del evangelio (16,9-20), considerada por algunos como una adición posterior (de la que luego hablaremos), narra las apariciones del Resucitado.

El evangelio de Marcos está escrito en el griego vulgar de la «koiné» o modo de hablar corriente de los pueblos mediterráneos de entonces. Con un trasfondo semítico evidente, transparentado a lo largo de toda la obra, lo cual delata el origen judío de su autor, procedente de la diáspora. El lenguaje suele ser repetitivo, sobre todo en palabras que sirven de enlace de secuencias del relato, (v.g.: «y al punto», «de nuevo», «por aquellos días», «un día», «al día siguiente», «un sábado»), que no expresan valor cronológico alguno. Sin embargo, en ocasiones es muy vivo y de gran colorido, aunque evidentemente pobre, y sigue de cerca las realidades corrientes de la vida sencilla del pueblo, como lo demuestran las voces «camastro», «caserío» y otras por estilo.

La obra se ha dividido de muy diversas maneras, según los criterios predominantes de quienes la estudian. Nosotros seguiremos el plan propuesto por Taylor (autor ya citado) que divide el evangelio de Marcos en dos grandes partes, subdividiendo cada una de ellas en bloques que tratan de clarificar o sintetizar su contenido.

La parte primera se inicia con un prólogo (Mc 1,1-13). Define lo que es la obra y el propósito de la misma. Sus primeras palabras son: *Comienzo del Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios*. La obra, como anunciamos anteriormente, abre un nuevo género literario desconocido hasta entonces: evangelio (buena noticia), la buena noticia de Jesús. Tampoco Jesús es un personaje corriente; se trata del mismo “hijo de Dios” desconocido como tal hasta la Pascua. Marcos se propone dar a conocer el mensaje evangélico de Jesús y decirnos desde el primer momento que Jesús es el Hijo de Dios, «mi Hijo amado», según proclama la voz que viene del cielo en el Jordán.

Le sigue un primer bloque sobre el ministerio en Galilea (1,14-3,6), cuyo contenido puede resumirse así: *El Reino de Dios está cerca*, vocación de los cuatro primeros discípulos, ministerio en Cafarnaún, curación de un leproso y problemas con los escribas. Un segundo bloque sobre la cumbre del ministerio en Galilea (3,7-6,13), describe las muchedumbres junto al lago, la designación de los Doce, las acusaciones contra Jesús, su enseñanza en parábolas, diversos milagros y la repulsa de Jesús en Nazaret. El bloque tercero se refiere a los viajes fuera de Galilea (7,24-8,26), describiendo el viaje a la región de Tiro, la multiplicación de panes a cuatro mil comensales, la señal del cielo, el misterio de los panes y la curación del ciego.

La segunda parte, bloque primero, comprende los viajes a Cesarea de Filipos y la subida a Jerusalén (8,27; 10,52). Comienza con la pregunta: *Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?*,

continuando con los viajes a través de Galilea, Perea y Judea, terminando en Jerusalén. El bloque segundo, ministerio en Jerusalén (11-13), refiere los hechos que precedieron al ministerio, las enseñanzas en Jerusalén y el discurso escatológico. Por último, el bloque tercero está destinado a la pasión y resurrección (14-16). Comprende los hechos que culminaron en el prendimiento de Jesús, las escenas del juicio, la crucifixión, muerte y sepultura y la resurrección.

Las secciones más largas según el plan descrito corresponden a la narrativa, evidenciando tal vez la utilización de unidades extrañas a la predicación de Pedro. Esta impresión se acentúa cuando se observa que algunos relatos cortan el curso de la exposición, constituyendo como islotes intercalados en la narrativa general de los acontecimientos.

Tales defectos de estilo y de orden expositivo evidencian quizás el acercamiento a tradiciones muy seguras, que aumentan el valor historicista de Marcos. En todo caso, aunque no sea modelo de sistemática la composición de este evangelio, estableció una estructura que luego sería respetada y asumida en general por los evangelistas Mateo y Lucas, aunque introdujeran naturales correcciones y ampliaciones, como tendremos ocasión de comprobar.

¿Cuál es el mensaje teológico de Marcos? Los evangelistas no son neutrales al escribir sus evangelios. Tampoco son, por ello, estrictamente históricos sus relatos. Lo venimos afirmando con insistencia. Los evangelios se escriben después de la Pascua y sus autores no pretenden resaltar la verdad histórica, aunque partan de ella, sino proclamar la fe en Jesucristo. No transmiten los hechos de modo impersonal, como ocurrieron o se entendieron en su momento: los interpretan, implicándose ellos mismos en la fe que comunican, que es la fe vivida a partir de la resurrección, impulsada por el Espíritu de Pentecostés.

El estudio de la teología de Marcos no es unánime en sus conclusiones. Cada cual cree descubrir en el evangelio aspectos diferentes, elaborando en base de ellos lo que estima ser la teología del evangelista. Una cosa sí es cierta: ningún evangelista escribió su obra pensando que hacía teología y, menos aún, que sus escritos supondrían una prolongación de las sagradas Escrituras.

El evangelista trata de explicar (y de explicarse) el cambio habido en la comprensión de Jesús, comparadas las experiencias prepascuales con las habidas a partir de la Pascua (Resurrección y Pentecostés). Los relatos evangélicos no muestran lo que en su momento entendieron de los hechos y dichos del maestro quienes le siguieron de cerca. Reflejan más bien la interpretación que ahora hacen de ellos, posponiendo el rigor de la historia en razón de la mayor atención prestada a

la proclamación de la fe. Con un propósito inmediato: instruir a las nuevas comunidades cristianas en la verdadera fe de Cristo.

Renunciamos a describir la sucesión de estudios realizados para descubrir y explicar la teología de Marcos. Nos limitamos a exponer los rasgos más destacados a la hora de considerar la teología del evangelista. Un dato a consignar, mencionado con reiteración por los críticos es el valor histórico del evangelio de Marcos. No en el sentido de que Marcos escribiese la «historia» de Jesús. Ya se ha dicho que no fue éste su propósito. Sino en cuanto a la viva realidad de sus relatos, trasunto fiel de la predicación de Pedro, «testigo» excepcional de los hechos.

Ello permite al evangelista mostrarse siempre muy cercano a los acontecimientos relatados. Algunos autores han querido apreciar en el evangelio de Marcos influencias de la predicación de Pablo. No está demostrado ampliamente, por lo que tal suposición ha de contemplarse con grandes reservas. De todos modos, no sería de extrañar que Marcos hubiese asumido algo del Apóstol de los gentiles, teniendo en cuenta que convivió con él en más de una ocasión.

La obra se inicia con estas palabras: *Comienzo del Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios* (Mc 1,1). Como se indicó, es la expresión programática del evangelista. Quiere dejar bien sentada desde el principio mismo de su obra, la afirmación de que Jesús es el Hijo de Dios, en el más trascendente sentido de la expresión, y que lo que «continúa» (la afirmación sólo es el «comienzo») no es un relato cualquiera, sino la exposición de la Buena Noticia de Jesucristo (Evangelio), transmitida a sus lectores para que tengan exacto conocimiento de la predicación de Jesús (= el Cristo glorificado).

La palabra <<evangelio>> (no citada por Lucas y sólo cuatro veces por Mateo), Marcos la incluye siete veces, evidenciando la importancia que concede a este vocablo. Pablo, el gran misionero de Cristo, lo utiliza más de sesenta veces en sus escritos. Pues bien, un tema importante en este evangelio es el del «Hijo de hombre». El único título que aceptó Jesús para designarse a sí mismo. Su origen se remonta al profeta Daniel. *Vio a uno como Hijo de hombre* (Dn 7,13). Es un título mesiánico, aunque de un mesianismo muy distinto del tradicionalmente esperado, según el cual un descendiente de David gobernaría el mundo, dominando a los enemigos de Israel.

En Daniel se trata de un personaje de origen celestial, cuya misión terrena identificará el cristianismo con la del Siervo de Yahvé del segundo Isaías:... *traspasado por causa de nuestros pecados* (Is 53,5). El Hijo de hombre» perdona los pecados (Mc 2,10), es Señor del sábado (2,58), debe sufrir (pasión) (8,31), resucitará de entre los muertos (9,9), será entregado en mano de los hombres (9,31; 10,33), dará su vida por muchos (10,33), vendrá entre nubes con gran poder y

gloria (13,26), se va, pero ¡ay de aquél por quien es entregado! (14,21), le verán sentado a la derecha de ¡ Todopoderoso (14,62). Jesús oculta así su real mesianidad bajo este título enigmático, provocando la tensión revelación/ocultación que recorre todo el evangelio, dando lugar al conocido «secreto mesiánico de Marcos».

El Reino de Dios es otro de los temas importantes y clave del evangelio de Marcos. Una realidad que, aunque referida al futuro, está ya presente en Jesucristo. Jesús predica la inminencia del Reino (Mc 4,11): es como el grano en la tierra, que luego se hace espiga y trigo (4,26); como un grano de mostaza, que crece y se hace mayor que todas las demás plantas (4,31); viene con poder (9,1), escándalo para muchos (9,47), Reino en el que entrarán los que sean como niños (10,14), y, difícilmente, los ricos (10,25).

Hijo de hombre y Reino de Dios o Reino de los cielos, son indicativos del poder divino puesto por Dios en Jesús para la salvación del hombre. Jesús y su evangelio constituyen un mensaje divino de esperanza y de estímulo para la comunidad de Marcos, que sufre la difícil situación de persecuciones de la diáspora.

Nota característica del evangelio de Marcos es el secreto mesiánico que ya hemos mencionado. Jesús intenta siempre ocultar su mesianidad cuando después de actuar, la gente o sus discípulos le reconocen como Mesías. A veces la recomendación de silencio parece pueril, cuando resulta totalmente imposible de cumplir. Tal sucede cuando devuelve la vida a la hija de Jairo (Mc 5,21-43), en la curación del sordomudo (7,36-37) o en la del ciego de Betsaida (8,26). Jesús pudo ser consciente de que era el Mesías, enviado de Dios, no necesariamente de origen divino, como ya se dijo. Tener conciencia de la misión que debía cumplir, ordenada por el Padre.

En todo caso, resulta comprensible su postura de imponer silencio a quienes le reconocían. El mesianismo de Jesús no era el esperado. Querían y ansiaban un líder político poderoso, enfrentado a los romanos, sus opresores del momento. No habrían comprendido el mesianismo del Siervo sufriente de Yahvé que Jesús encarnaba. Fue mejor ocultarlo, hasta que llegara la hora de la total revelación.

El evangelio de Marcos termina en 16,8. Es un final inesperado. Las mujeres que le acompañaron siempre van al sepulcro, encontrándolo vacío. Un joven con túnica blanca (un ángel) les dice; *buscáis a Jesús de Nazaret; ha resucitado, no está aquí* (v. 6). Las mujeres huyen con espanto y *no dijeron nada a nadie, porque tenían miedo*. El relato queda cortado bruscamente, abierto a una continuación que nos cuente lo que sucedió después. Dos hipótesis se ofrecen como

posibles. O el evangelio tuvo el final que nos falta y se perdió después o el evangelista lo dejó incompleto, por causas que se ignoran.

El final que conocemos, (apariciones de Jesús resucitado: vv. 9-20), aunque agregado después (atestiguado desde el s. II por Taciano e Ireneo), no carece por ello de canonicidad, siendo también de inspiración divina. Ya se advirtió la posible concurrencia de autores anónimos, dentro del tiempo apostólico, hasta el momento de quedar definitivamente fijado el texto.

Para terminar señalaremos que, al decir de un autor moderno, el evangelio de Marcos ha sido durante casi diecinueve siglos «el hermano pobre» de la literatura evangélica. Durante este tiempo, los estudios se centraron en los textos de Mateo y Lucas, entre los sinópticos, y por supuesto en el de Juan, que presentaba con mayor fuerza la divinidad de Jesús.

La Iglesia utilizó también con preferencia estos textos, quedando relegado a un segundo plano el evangelio de Marcos. Desde el siglo XIX, las cosas han cambiado notablemente. El evangelio de Marcos ha sido estudiado en profundidad en los últimos tiempos, poniéndose de manifiesto su enorme importancia, su originalidad y el valor histórico derivado de la cercanía de los hechos, al ser el evangelio canónico más arcaico. Incluso el final del evangelista, piensa la exégesis actual pudo ser muy premeditado, pues si observamos, al acabar en 16,8 se manda a las mujeres a Galilea ¿Por qué? Porque allí comenzó todo y aquel que esté, como las mujeres buscando la muerte en la tumba de Jesús, es que no se ha enterado de nada. Se impone, por tanto, volver a iniciar el evangelio ¿Dónde? En Galilea, sinónimo de Iglesia en la concepción marcana (9).

El evangelio de Mateo

El evangelio «de Mateo» tiene un origen netamente palestinese. La tradición más antigua habla de un primer evangelio de Mateo, escrito en arameo, dirigido a judeo-cristianos de esta lengua. Pronto debió traducirse al griego para su difusión en las comunidades judeo-cristianas de habla griega, existiendo al parecer varias traducciones. Ninguna de ellas ha llegado hasta nosotros.

El evangelio arameo pudiera haberse escrito en Judea (prólogo antimarcionista), dirigido, como se ha dicho, a comunidades judeo-cristianas. Se sabe que después de la ascensión del Señor, el apóstol Mateo estuvo predicando varios años en Palestina, antes de marchar fuera (¿hacia el año 42?) para llevar el evangelio a otras naciones (¿Etiopía, Persia, Siria, Macedonia, acaso Irlanda?). El evangelio arameo se escribió con toda probabilidad durante este período de predicación palestinese del apóstol Mateo.

La tradición más antigua es unánime al atribuir al apóstol Mateo la composición aramea de este evangelio. El testimonio de Papías vuelve a ser otra vez valiosísimo. Dice: <<ahora bien, Mateo ordenó en lengua hebrea (¿aramaica?) las sentencias (¿el evangelio?), y cada uno las interpretó (¿tradujo?) conforme a su capacidad>> (10).

Los paréntesis son nuestros. Indican los puntos que han suscitado dudas de interpretación. Lengua hebrea está claro que ha de referirse al arameo, la lengua que habló Jesús y el modo de hablar los judíos no helenizados de la época. En cuanto a la expresión las sentencias, algunos la han querido restringir a «logia» (dichos), es decir, significaría colección de dichos o sentencias de Jesús, no un evangelio. Otros, finalmente, lo interpretan como verdadero evangelio. Tratando de aclarar la cuestión, investigadores más recientes consideran <<que la exégesis de la palabra 'sentencias' no puede significar evangelio, pero tampoco se refiere a una mera colección de dichos>>.

Para éstos, comparando lo escrito por Papías sobre Mateo con lo que el mismo autor dice de Marcos, parece que ha de sobreentenderse que «Mateo ordenó (en su evangelio) en lengua hebrea las sentencias y cada uno las interpretó conforme a su capacidad». Por lo que hace a la última parte del texto, <<interpretó>> se ha entendido como alusión a las distintas traducciones que se hicieron al griego, en las que cada cual tradujo el texto arameo interpretándolo como mejor supo.

Otros testimonios antiguos pueden ser: Ireneo (final s. II). Dice, «Mateo, en la lengua de los hebreos, publicó un evangelio cuando Pedro y Pablo estaban predicando en Roma y fundando la Iglesia allí»; Eusebio (s. III): «Mateo escribió un evangelio en hebreo», es decir, en arameo; Orígenes (primera mitad del s. III): «Mateo fue un recolector de impuestos y apóstol de Jesucristo>>. Queda, por tanto, identificado Mateo, el discípulo de Jesús, como autor del evangelio arameo que lleva su nombre. Es una tradición bien fundada, aceptada comúnmente por la investigación moderna.

Distinto es el caso de las diferentes traducciones griegas del evangelio arameo. Parece indudable que en lo fundamental su contenido sería el mismo del evangelio arameo, con las variantes impuestas por la «capacidad» de cada traductor. Pero, ¿y el evangelio de Mateo que ha llegado hasta nosotros? ¿Es alguna de aquellas traducciones?

Un detenido examen de la cuestión introduce importantes matizaciones y sospechas. En la base del evangelio canónico de Mateo, están sin duda las traducciones griegas de las que se ha hablado. Pero en el evangelio canónico tuvieron que introducirse numerosas variantes y adiciones al original arameo, lo que hace que ya no sea una mera traducción.

Por lo pronto es un hecho demostrado que el autor último del Mateo canónico utilizó los materiales de Marcos y de la llamada fuente Q, común a los evangelistas Mateo y Lucas, como ya se vio al estudiar el hecho sinóptico. Por otra parte, el griego de este evangelio es muy superior al de Marcos (el griego de la «*koiné*» que hablaron todos los discípulos de Jesús). Los especialistas alegan además que el evangelio parece estar escrito originariamente en lengua griega, aunque tome elementos de la traducción del Mateo arameo y de las otras fuentes conocidas. No obstante, en el evangelio se percibe un evidente trasfondo hebreo. Ello es lógico, pues hebreos serían (aunque de habla griega) el autor o autores cristianos de las primeras generaciones, que llevaron a término la fijación definitiva del evangelio de Mateo.

Concluimos, por tanto, que Mateo el publicano (Leví-Mateo), discípulo del Señor, es con toda seguridad el autor del Mateo arameo. Que el Mateo que llega hasta nosotros, con toda probabilidad es aquel Mateo arameo, pero reescrito, reelaborado y ampliado con otras tradiciones, por un autor o autores anónimos que desconocemos, posiblemente discípulos del apóstol y miembros de alguna de sus comunidades.

La circunstancia de que el nuevo evangelio haya continuado figurando como de Mateo no debe extrañarnos, teniendo en cuenta los usos de la época. En su origen, el evangelio es de Mateo. El hecho de que otros cristianos de entonces, dentro del período apostólico, lo retocasen o lo reescribieran de nuevo, ampliándolo con la adición de otras tradiciones apostólicas hasta fijarlo definitivamente, no tiene mayor importancia ni crea dificultad alguna en orden a la inspiración.

Todos los autores que intervinieron en la consecución de la obra (como de tantos otros libros de la Biblia), actuaron bajo la inspiración del Espíritu Santo según lo ha reconocido la Iglesia, al aceptar e incluir la última versión del evangelio de Mateo en el Canon de los Libros Sagrados.

¿En que fecha se escribió este evangelio? Nuevamente chocamos con dificultades al intentar señalar el tiempo preciso en que fuera terminada la redacción definitiva del evangelio griego de Mateo. Para unos, el evangelio debió escribirse en las últimas décadas del siglo I, hacia los años 80-90. Suponen una larga y lenta elaboración a partir del evangelio arameo de los primeros tiempos del cristianismo. Otros arguyen que, de haberse escrito después del año 70, parece sorprendente que el evangelio no haga una alusión clara a la destrucción del Templo jerosolimitano por los romanos, teniendo en cuenta la tendencia del autor a constatar el cumplimiento de las profecías. ¿No habría sido ésta una buena ocasión para probar el cumplimiento de la profecía de Jesús acerca de la destrucción del Templo? Atenta a estas razones, una buena parte de la crítica se inclina por una fecha posterior al año 65, que hemos señalado para

el evangelio de Marcos, y no superior al 70, año del incendio del Templo por las legiones de Tito. Podemos suponer, en conclusión, que el evangelio canónico de Mateo debió concluirse alrededor de los años 69-70, antes de los acontecimientos que conmovieron a Jerusalén con la destrucción de su Templo.

A la hora de conocer las fuentes que utilizó Mateo para construir su obra, recordemos lo dicho acerca de las fuentes manejadas por él y por Lucas al componer sus evangelios, que son, fundamentalmente, la obra de Marcos y los materiales de la fuente Q, más, en el caso del redactor del Mateo griego, las traducciones del desconocido Mateo arameo. Después de consignar estos datos, repetimos, no mucho se puede agregar sobre el particular. Los autores que tratan del evangelio canónico de Mateo, no suelen pararse mucho más en esta cuestión, después de haberse referido al originario Mateo arameo, del que ya hemos hablado nosotros también.

El evangelio de Mateo se escribe, como se ha dicho, para judíos (11). Ello hace suponer detrás del autor una comunidad también judía, viviendo con intensidad el cristianismo de los primeros momentos. La comunidad se halla presumiblemente organizada: sigue las enseñanzas recibidas de Cristo, se reúne para orar y celebra con fervor la cena del Señor.

Esta práctica del culto que se adivina ordenado y preciso, trasluce ya la existencia de una Iglesia que camina y progresa. El evangelio de Mateo es el portavoz de esta Iglesia. Todos los tratadistas del evangelio mateano coinciden en el carácter eclesial de la obra. Esta comunidad viva de Mateo, una de las más arcaicas y por supuesto totalmente judía, como lo fueron todas en los primeros momentos del cristianismo es con toda seguridad (sus tradiciones, sus vivencias de fe) el antecedente más cercano y fiel, con las fuentes ya mencionadas, de la composición del evangelio que comentamos.

¿Cómo estructura Mateo su obra? El evangelio de Mateo es el más largo en número de capítulos, aunque no en texto o en palabras, comparados los tres evangelios sinópticos. Marcos sabemos, es el más corto. El evangelio de Lucas tiene 24 capítulos frente a los 28 de Mateo, pero el texto de éste es más corto: 18.278 palabras, en tanto que Lucas alcanza en su obra 19.404 palabras.

Al tratar de la estructura del evangelio de Mateo, prescindimos por el momento de los capítulos 1 y 2, y haremos otro tanto con los mismos capítulos del evangelio de Lucas. Ambos evangelistas abordan en ellos la infancia de Jesús, aunque desde distintas perspectivas. Sus textos plantean unas particularidades tan específicas que aconsejan estudiarlos al margen del problema sinóptico que aquí nos ocupa (12).

Del evangelio de Mateo se han hecho múltiples divisiones, según los criterios aplicados al estudiarlo, destacando en ellas lo que cada uno ha creído descubrir como más significativo. Nosotros, siguiendo la lectura normal del evangelio mateano, según la acreditada traducción de la Biblia de Jerusalén, vamos a resaltar solamente la curiosa alternancia de relatos y discursos que presenta.

Una simple ojeada de conjunto descubre el artificio de la composición. A cada grupo de relatos, por lo general más extensos, sigue un gran discurso temático. Se trata de una ordenación (¿pedagógica?) encaminada a facilitar la labor catequética de las iglesias. Lo que sí es del todo cierto es que no existe un orden histórico en la sucesión de los relatos y discursos. Tampoco éstos se pronunciaron de una vez, como sugiere el texto, dicho todo el discurso en un momento determinado. Son palabras y dichos de Jesús agrupados artificialmente para formar un gran discurso temático.

El autor de Mateo acomoda los materiales de la obra con criterios no precisamente cronológicos, como pudiera parecer, centrando más la atención en cuanto sirve a su teología. Un autor moderno observa que Mateo desconcierta al lector occidental contemporáneo por sus principios de composición y sus modos de interpretación, corrientes en el judaísmo al que se dirige, pero extraños en nuestro tiempo.

Tal vez debamos consignar, para terminar esta breve semblanza del modo de componer Mateo su evangelio, la insistencia en la utilización de símbolos numéricos, muy corrientes en el rabinismo de la época y la omisión del nombre de Dios (impronunciable, por respeto, en el judaísmo), mediante la evasiva mención de los cielos: <<Reino de los cielos>> en lugar de <<Reino de Dios>>.

¿Qué decir sobre la teología de Mateo? No es posible exponer en breve espacio toda la sugerente riqueza teológica de cualquier evangelio. Menos del de Mateo, tan lleno de matices e insinuaciones de honda raíz judía. El evangelio de Mateo está presidido por una idea central: Jesús es el Mesías que el judaísmo esperaba. En él se cumplen todos los anuncios mesiánicos de la Sagrada Escritura, aquello que venían vaticinando los profetas del Antiguo Testamento.

El testimonio constante de las Escrituras es un recurso probatorio de Mateo que ningún otro evangelista utiliza, al menos con tanta profusión. Su obra se dirige a judíos cristianizados que entienden bien sus evocaciones veterotestamentarias, aunque algunas veces resulte forzada la aplicación de la cita al relato. Tal es el caso de Mt 2,23, donde a Nazaret, la ciudad en que vivió

Jesús, se la hace provenir proféticamente de «nazir» (dedicado a Dios) de Ju 13, 5-7, que narra el nacimiento de Sansón.

<<Reino de Dios>>, en Mateo, adquiere una importancia capital. Aunque el evangelista no mencione concretamente a Dios, sino aludiendo al reinado de los cielos. La idea de gobierno o reinado de Dios en boca de Jesús tiene un sentido especial. Es la decisiva intervención de Dios en la historia, presente ya en Jesucristo. Cabe la duda de si el reino está ya presente o es sólo una esperanza de futuro glorioso. En efecto, en diversos pasajes de Mateo aparece como una realidad que vendrá: *id y proclamad que el Reino de los cielos está cerca...* dice Jesús a sus discípulos al enviarlos en misión (Mt 10,7). Pero sus parábolas de la cizaña, del grano de mostaza y de la red (Mt 13,24,32,47) dejan entrever que el Reino está presente ya en este mundo, aunque alcanzará su plenitud en los cielos.

El evangelio de Mateo es el evangelio de la Iglesia. Los cinco grandes discursos que antes señalamos, han constituido su credo y la normativa de su vida. Así lo entendió la Iglesia largo tiempo, durante el cual el texto de Mateo fue casi el único evangelio. Citamos para terminar los últimos párrafos del evangelio, donde Mateo expresa por boca de Jesús toda la fuerza universalista de la Iglesia: *me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra; id, pues, y haced discípulos a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo* (Mt 28,19).

El evangelio de Lucas

De Lucas se conoce su procedencia pagana: Antioquía de Siria. Gentil de nacimiento, pasó pronto al cristianismo ¿cuándo? posiblemente hacia el año 40 d.C. ya que en esta época formaba parte de la comunidad cristiana de aquella ciudad o al menos se hallaba muy cercano a ella. Pablo lo cita en sus cartas: en el envío de saludos a Filemón, entre sus colaboradores está Lucas (V. 24). En la carta a los Colosenses, les dice: *os saluda Lucas, el médico querido* (Col 4,14), dando así noticia de su profesión. Y cuando Pablo, prisionero por segunda vez, considera cercano su fin (c. 66-67), en la carta que dirige a Timoteo le dice: *el único que está conmigo es Lucas* (2 Tim 4,11). Nos consta, pues, que Lucas juega un papel importante en la primera predicación del cristianismo, habiendo sido compañero de Pablo, como lo descubre indirectamente él mismo en la sección “nosotros” de Hechos de los Apóstoles.

Que Lucas sea el autor del tercer evangelio (al que sigue como segunda parte el libro de Hechos de los Apóstoles), queda ampliamente atestiguado por la tradición más antigua, de la que cabe destacar a Ireneo (Finales s. III), quien afirma que Lucas, el compañero de Pablo, puso en su libro el evangelio de éste último. Por su parte, el prólogo antimarcionista (160-180) se expresa

como sigue: «Lucas, un sirio de Antioquía, médico de profesión, fue discípulo de los Apóstoles. Según un dato posterior, fue discípulo de Pablo hasta su muerte. Después de haber servido al Señor sin falta, y no haberse casado nunca, murió, lleno del Espíritu Santo, en Beocia, a la edad de 84 años. Como ya se hubiesen escrito evangelios, por Mateo en Judea y por Marcos en Italia, Lucas, impulsado por el Espíritu Santo, escribió su evangelio en la región de Acaya».

En análogo sentido se pronuncia el Canon Muratoriano (finales del s. II), agregando que <<él (Lucas) personalmente no había visto al Señor>>. También Jerónimo coincidió en afirmar que Lucas escribió un evangelio, señalando que lo hizo <<más bien por testimonio oral que por testimonio presencial>>.

Estas tradiciones antiguas, aceptadas generalmente, permiten concluir que Lucas, el médico sirio y compañero inseparable de Pablo, es el autor del tercer evangelio, compuesto al parecer en la región de Acaya.

¿Cuándo se escribió el evangelio de Lucas? Como casi siempre, existen diversos criterios y propuestas a la hora de establecer la fecha de composición del evangelio lucano. Para unos, éste debió escribirse entre los años 60-62. Fundan su propuesta en la circunstancia de que Hechos de los Apóstoles, escrito con posterioridad al evangelio, no habla de la apelación de Pablo ante el César. Ello prueba, según la tesis mantenida por estos autores, que el evangelio tuvo que escribirse con anterioridad al año 63 en que concluye la primera cautividad del Apóstol.

La premisa de que Hechos tuviese que dar cuenta de esa apelación, no es convincente. Existe una razón poderosa para desechar la fecha propuesta anteriormente. Lucas se sirvió del evangelio de Marcos para escribir el suyo. La fecha de Marcos ya dijimos que se fija en el año 65. Lucas tiene que ser forzosamente posterior. Por ello, se concluye que la fecha del evangelio de Lucas puede oscilar entre los años 65 y 70, aunque teólogos más modernos, protestantes y católicos, se inclinan últimamente por una fecha todavía más avanzada, comprendida en la década de los años 70-80 d.C.

¿Qué fuentes manejó Lucas? El prólogo del evangelio, como se indicó en su momento, es explicativo al respecto. Lucas es un escritor concienzudo y el evangelista más preocupado de la historicidad de los acontecimientos. Aunque no olvida en ningún momento su principal motivación creyente, lo que le lleva en último extremo a anteponer su fe a cualquier otra consideración.

En consecuencia, *después de haber investigado diligentemente todo desde los orígenes*, decide escribir su obra, dirigida a un tal ilustre Teófilo. Este ignorado personaje se supone sería, no un cristiano del montón, sino acaso un importante funcionario a quien quiere informar rectamente del suceso cristiano. Al menos así lo interpretan los entendidos en estas cuestiones (13).

Los antecedentes clásicos del evangelio de Lucas son, como sabemos, el evangelio de Marcos, la conocida fuente Q y, tal vez (aunque no seguro), el evangelio de Mateo cuyo texto, algo anterior, tuvo gran difusión en la antigüedad.

Esto aparte, no cabe duda que en el evangelio de Lucas se encuentran claras influencias de la predicación de Pablo, lo cual parece lógico habiendo permanecido tanto tiempo a su lado. Esta apreciación queda confirmada con el testimonio de varios escritores antiguos, como Ireneo quien dice: «Lucas, compañero de Pablo, lo que éste predicaba él lo escribió en un libro».

Diversos lugares del evangelio lucano atestiguan esta influencia paulina. De ellos, uno destacado es el referente a la institución de la eucaristía. Mateo sigue a Marcos. Escriben ambos: *tomad (comed): éste es el cuerpo mío. Esta es la sangre mía, de la alianza, la derramada por muchos* (Mc 14,22-24; Mt 26,26-28). Lucas en cambio sigue la tradición de Pablo. Dicen sus textos: *esto es mi cuerpo* (este es el cuerpo mío), *el que será entregado por vosotros. El cáliz este es la nueva alianza en mi sangre* (1Cor 15,24-25; Lc 22,29-30). Lucas toma menos materiales de Marcos que Mateo, en tanto que la documentación propia de Lucas, muchos más extensa, cubre casi la mitad de su evangelio.

¿Cómo se estructura este evangelio? Lucas es un escritor cultivado, médico de profesión. Su redacción es literaria, elegante, cuidada, pero desigual. Lo mismo se esmera en un texto bien elaborado, como el prólogo, que incluye sus fuentes tal y como las encuentra, sin corregir su lenguaje. Aunque evitando siempre lo chocante o aquello que pueda prestarse a una torcida interpretación. Otras veces, cuando toma textos de Marcos, los corrige también para mejorar su sentido.

Marcos y Mateo hablan del «mar» de Tiberíades. Lucas lo designa correctamente como lago. De mayor interés son las correcciones para hacer desaparecer o mitigar expresiones que pudieran desorientar a los lectores paganos a quienes va dirigido el evangelio. Así, cuando Marcos dice que nadie sabe del día aquel, *ni el Hijo* (Mc 13,33), Lucas lo silencia para no mencionar la ignorancia de! Señor. Y cuando Marcos escribe refiriéndose a Jesús, que *entonces mirándolos con ira...* (Mc 3,5), Lucas suaviza la expresión diciendo: *y mirando a todos ellos...* (Lc 6,10).

Prescindiendo de los capítulos 1 y 2 que, como en Mateo, tratan de la infancia de Jesús, La estructura del evangelio de Lucas se acomoda en líneas generales al patrón del evangelio de Marcos, iniciador como se dijo de la literatura evangélica. Comienza, como los otros evangelios, con la predicación de Juan el Bautista y la escena del bautismo de Jesús. Ello pone de manifiesto desde el inicio mismo de la obra la filiación divina de Jesús, proclamada por la voz que viene del cielo: *Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco* (Lc 3,22).

La construcción literaria del evangelio, como en Marcos, se puede considerar dividida en tres grandes secciones: Ministerio en Galilea, viaje de Galilea a Jerusalén (donde el evangelista introduce su gran bloque de material propio, del capítulo 9,51 al 19,27) y pasión y resurrección de Cristo en Jerusalén con un final de apariciones

¿Qué decir sobre la teología de Lucas? Se ha dicho que Lucas es el evangelista que cuida mejor la historicidad de los hechos. Ello no quiere decir que como evangelista (ministro de la palabra), no ponga un especial y principalísimo cuidado en la trasmisión de la fe. Lucas escribe para lectores de origen pagano. Por eso elimina de su evangelio, en cuanto le es posible, toda clase de hebraísmos o referencias a la Escritura, que no entenderían sus lectores, poniendo en cambio el mayor énfasis en cuanto afecta al mensaje evangélico de Cristo.

Lucas resalta con insistencia la importancia de la universalidad de la Buena Nueva, que alcanza tanto a gentiles como a judíos. El universalismo de Lucas tiene mucho que ver con el de Pablo (14). En cuanto a los títulos de Cristo, Lucas es el único evangelista entre los sinópticos que le designa como Kyrios (Señor), nombre de Yahvé en la versión de los LXX. Esto es algo que los gentiles no deben olvidar. En Jesús de Nazaret, Dios se ha hecho presente para llevar la redención a todos los hombres.

Según escribe un autor contemporáneo, para Lucas la historia de la salvación está dividida en tres períodos o tiempos: el tiempo de Israel, el tiempo de Cristo y el tiempo de la Iglesia. *La Ley y los Profetas existieron hasta Juan; desde entonces la buena nueva del Reino de Dios se predica* (Lc 16,16).

Desde la Pascua (Pentecostés) vivimos en el tiempo de la Iglesia. Lucas ha recogido sus comienzos en Hechos de los Apóstoles. Este nuestro tiempo desembocará en el Reino escatológico. La Parusía (vuelta de Cristo) establecerá en plenitud el reinado de Dios entre los hombres. En general, Lucas reproduce la catequesis apostólica con la que se inicia la andadura de la Iglesia.

CONCLUSIÓN

En la introducción de este trabajo hemos anunciado la complejidad del tema que nos ocupa ¿Por qué? Porque los autores de los evangelios sinópticos no trataron de hacer historia, sino teología. El lenguaje teológico tiene su propia hermenéutica y para asimilar lo que los autores bíblicos han querido expresar (que no lo que expresan), es preciso conocer y, posteriormente, traducir dicho lenguaje.

Marcos, Mateo y Lucas se expresan en lenguaje teológico. Hablan desde la fe. Y sólo en la fe pueden entenderse sus afirmaciones. Afirmaciones realizadas no para expresar conocimientos del Jesús de la historia (que también los expresan), sino para llamar a sus lectores a la fe que ellos sienten y precisan transmitir.

El creyente ante los evangelios sinópticos se encuentra con el mismo dilema que tuvieron los evangelistas: reencarnar el mensaje en sus particulares vivencias. Y, precisamente, en esas diferencias de una misma verdad: Cristo ha resucitado y nos brinda su personal Buena Nueva, es donde se universaliza el cristianismo, donde la catolicidad se encarna (hoy diríamos se globaliza), en cada hombre y mujer de buena voluntad.

NOTAS

1.- En relación a los términos Kyrios e Hijo de Dios es muy interesante el estudio que realizó MARTÍN HENGEL, bajo el título El Hijo de Dios. El origen de la cristología y la historia de la religión judeo-helenística, Sígueme, Salamanca 1978

2.- “Una de las formulaciones cristológicas más arcaicas es la que presentaba a Jesús como Señor (Rom 10, 9; Flp 2, 11)” Cf. SALAS, A., De Jesús a los Evangelios, PPC, Madrid 1971, 9. 38

3.- “Se impone, en consecuencia, ver cómo entre el mensaje predicado por Jesús y el Kerigma centrado en Cristo existe una continuidad real” Cf. SALAS, A., Jesús evangelio vivo. Kerigma y catequesis en el cristianismo primitivo, PPC, Madrid 1973, p. 70

4.- En relación al tema de la predicación apostólica estimamos interesante el Texto que proponemos bajo el número 2 toda vez que permite observar a través de un cuadro sinóptico que

se reproduce al final del texto, la comparación de la tradición apostólica que propone Lucas en el libro de Hechos de los Apóstoles y la que propone Pablo DODD, C.H., La predicación apostólica y sus desarrollos, Ediciones Fax, Madrid 1974, pp.(final obra).

5.- El relación al nacimiento de la Iglesia estamos preparando para este Instituto Virtual un trabajo sobre el nacimiento de la Iglesia bajo el nombre de “la primitiva comunidad de Jerusalén”

6.- Mucho se ha escrito sobre el tema escatológico, en este mismo Instituto hemos mostrado ya la Apocalíptica Judía, remitimos al respecto de la Parusía al texto ya clásico de RUIZ DE LA PEÑA; J:L: La otra dimensión, Sal Térrae, (quinta edición), Santander 1994.

7.- En relación a este autor recomendamos una de sus obras bajo el número 3, porque en ella puede observarse el problema sinóptico con las hipótesis científicas y documentales, así como los medios ambientales de donde los evangelistas recogen las tradiciones tanto escritas como orales que les han precedido LEON-DUFOUR, X., Estudio de Evangelio, Editorial Estela, Barcelona 1969, pp. 23-31.

8.- “Evangelio es una palabra que significa etimológicamente *buena noticia* y con la que, en el mundo griego, se designaba: el pago dado al portador de estas buenas noticias, el mismo contenido del anuncio, y, a veces, al portador de ellas...Según parece, la palabra ha pasado a la tradición sinóptica a partir de Marcos” PIKAZA, J/ DE LA CALLE, F., Teología de los evangelios de Jesús, Sígueme, Salamanca 1974, p. 31 El texto citado corresponde al trabajo que en la presente obra realiza de la Calle sobre la teología de Marcos.

9.- “Galilea, la Iglesia, sigue oculta para aquel que no se haya encontrado con el resucitado. De aquí el silencio de las mujeres” PIKAZA, J./DE LA CALLE, F, o.c. p. 24.

10.- La tradición antigua recogió este testimonio, citado por Eusebio en su Historia Eclesiástica III, 39, 6.

11.- “Sin duda alguna, en primer lugar para las comunidades cristianas de Siria y de Palestina del norte, de las que formaba parte el propio autor” Cf. PITTEVIN, P./CHARPENTIER, E., El Evangelio según San Mateo, Editorial Verbo Divino, Estella, Navarra 1976, p. 13

12.- En relación con estos dos primeros capítulos de Mateo, remitimos a la obra de SALAS, A., La infancia de Jesús (Mt 1-2) ¿Historia o teología? Ed. Biblia y Fe, Madrid 1976

13.- Las obras clásicas necesitaban una garantía oficial, el nombre de alguna persona importante, posiblemente un mecenas que le diera amplia difusión. El tal Teófilo pudo ser este personaje, sin descartar que el significado de Teófilo es “el amigo de Dios”, y la obra va dirigida a los que aman a Dios, a sus amigos.

14.- Esta llamada al universalismo es muy propia de Lucas. “Lucas nos presenta varios anuncios del rechazo de Jesús por Israel y la consiguiente llamada a los paganos (13, 23-25; 14, 15-24)” Cf. GEORGE, A., El Evangelio según San Lucas, “Cuadernos Bíblicos 3”, Editorial Verbo Divino, Estela, Navarra 1998, p. 27

GLOSARIO

- Antimarcionista: Los antimarcionistas o contrarios a Marción. Hereje de finales del siglo I que afirmaba que el AT era opuesto a la revelación de Cristo. Afirmaba que la materia era mala y por tanto la humanidad de Cristo era aparente
- Coiné: Término griego “Koiné” con el que se designa la forma o modo corriente (vulgar) de hablar de los pueblos mediterráneos de entonces. El evangelio de Marcos está escrito con este griego vulgar o común.
- Didajé Del griego didaskô = enseñar. Doctrina de los Doce apóstoles. El Kerigma con el paso del tiempo se tuvo que ir acoplando a las distintas comunidades. La Didajé podría traducirse por la catequesis que los apóstoles fueron acoplando para responder a las necesidades del cristianismo primitivo.
- Dynamis: Con este vocablo se denomina a la fuerza de Dios que rige la creación desde el génesis y que el creyente percibe en su experiencia aunque, como el amor, no sepa traducirlo a no ser a través de su vida.
- Hermenéutica: Arte de interpretar los textos, especialmente los sagrados
- Kenosis: Con este término griego muy usado en la teología se denomina al anodamiento o vaciamiento que Dios hace de sí mismo en Jesús. Cuando Dios deja de ser Dios se hace plenamente hombre en Jesús.

- Kerigma:** La palabra "kerigma" proviene del griego; añadiendo el sufijo ma a la raíz keryk, surgió el sustantivo "kerygma o kerigma". Su significado tardío es "promulgación" solemne, el grito del heraldo que anuncia oficialmente un hecho o acontecimiento. Se aplica en el libro de los Hechos a la proclamación del núcleo central de la fe cristiana (salvación por la muerte y resurrección de Cristo), que se hace en forma de testimonio para suscitar la fe del oyente. El kerigma es la síntesis de la predicación de las primeras comunidades cristianas.
- Parusía:** Con esta palabra se designaba la llegada o presencia del rey cuando venía en visita oficial a visitar las provincias conquistadas. En teología se traduce por el momento escatológico en el que Cristo venga por segunda y definitiva vez como Señor de la historia.
- Pneuma:** Término griego con el que se designa el Espíritu de Dios. Este sintagma en hebreo se denomina Ruah (el Ruah es el Espíritu que aleteaba en el principio y que recibió Adán para ser, este Ruah al "humanizarse" es Pneuma).
- Proselitismo:** Celo ardiente por conseguir nuevos adeptos a una causa determinada, en el caso que nos ocupa, se trata del celo que ponían los cristianos para conseguir más adeptos a la causa de Cristo.
- Quelle:** Término alemán que significa fuente y con el que se designa las fuentes previas a la construcción de los evangelios y que debieron ser conocidas por Mateo y Lucas. La exégesis denomina a esta fuente con la letra Q.
- Versículo:** Parte en que se dividen desde el siglo XVI los capítulos de los evangelios y otros libros para facilitar la búsqueda de un texto concreto.

AUTOEVALUACIÓN

1.- ¿Son posibles e incluso necesarias las diferencias entre los evangelistas sinópticos?

2.- A tenor de lo explicado, el Evangelio está definitivamente interpretado o es posible que su reencarnación continúe a través del tiempo.

3.- Antes que un escrito qué son los evangelios.

4.- ¿Tenemos algún escrito propio del Jesús de la historia?

5.- Si la verdad es una ¿por qué permite Dios distintas y a veces distantes formulaciones de la misma?

6.- ¿Qué significado puede tener para el creyente del siglo XXI reencarnar el Evangelio?

7.- ¿Cuáles serían los parámetros a considerar a la hora de estudiar un texto bíblico?

8.- El ser humano expresa sus conocimientos a través de los distintos lenguajes, bien sea éste el musical, el tecnológico, el pictórico, el psicológico, etc ¿Por qué a la hora de expresar el teológico todo el mundo dice conocerlo sin haberlo estudiado?

TEXTOS

Número 1

SALAS, A.; Jesús, Evangelio vivo, Kerigma y catequesis en el cristianismo primitivo, PPC, Madrid 1973

En este libro el padre Salas presenta la génesis del cristianismo primitivo antes de ser conocida a través de los evangelios. Merece especial atención el paso del Jesús histórico al Cristo de la fe, así como el origen y la evolución de las formas evangélicas.

Número 2

DODD, C.H., La Predicación Apostólica y sus desarrollos, Ediciones FAX (C/ Zurbano 80, Madrid 1974

En este texto el autor nos presenta la predicación primitiva y su desarrollo a partir del Kerigma. Se trata de una pequeña pero sustanciosa obra que ha sido traducida posiblemente a todos los idiomas. Consta de tres partes en la que destacamos para el tema que nos ocupa la parte primera en relación a la predicación primitiva y a la importancia que tiene al respecto el Apóstol Pablo

Número 3

LEON-DUFOUR, X., Estudios de Evangelio, Editorial Estela, (Avda. José Antonio 563) Barcelona 1969

La presente obra presenta las hipótesis científicas del hecho sinóptico de los tres primeros evangelios. Permite conocer de una forma científica y sin perder al lector en detalles técnicos las perspectivas propias de cada evangelista y los secretos del método exegético.

Número 4

AAVV, El Evangelio según San Mateo, según San Marcos, según San Lucas en “cuadernos Bíblicos”, Editorial Verbo Divino, (Avda. de Pamplona 41,) Estela, Navarra 1998.

Se trata de tres distintos cuadernos bíblicos de divulgación teológica, en los que el lector podrá conocer de una manera asequible las características propias de cada evangelista a la hora de escribir sus evangelios. Asimismo podrá observar los temas de los evangelios de la infancia que aquí hemos obviado dada la complejidad de los mismos.

Número 5

PIKAZA, J./DE LA CALLE, F., Teología de los evangelios de Jesús, Sígueme, (Apartado 332) Salamanca 1974

Aunque en esta obra también está presente el evangelista Juan, estimamos que nos permite tener una visión de conjunto muy estimable a la hora de enjuiciar bíblicamente cada evangelio. Los autores nos muestran la estructura interna de los evangelios y el ritmo que les diferencia debido a sus peculiares teologías y a sus distintas personalidades.

TEST

- 1.- ¿Dónde se escribió el evangelio de Marcos?
- 2.- ¿Cuáles son las fuentes del evangelio de Marcos?
- 3.- ¿A quién dirige Marcos su evangelio?
- 4.- ¿En que fecha se escribió el evangelio de Mateo?
- 5.- ¿Cuándo se escribió el evangelio de Lucas?
- 6.-¿Qué fuentes manejó Lucas?
- 7.- ¿Qué resalta especialmente en la teología lucana?
- 8.- ¿Para quién escribe Mateo y cuál es su idea central?
- 9.- ¿Cuál es el título que acepta Jesús en la teología marcana?
- 10.- ¿Cuál es el principal motivo que mueve a los evangelistas a la hora de escribir sus obras?

RESPUESTAS AL TEST

- 1.- Lo más probable Roma, aunque no falten autores que señalen a Alejandría o Antioquia.
- 2.- La fuente más importante fue la predicación de Pedro. Posible el Mateo arameo.
- 3.- A cristianos procedentes del paganismo, no judíos y residentes fuera de Palestina, posiblemente Roma.
- 4.- Alrededor de los años 69-70, antes de los acontecimientos que conmovieron a Jerusalén con la destrucción del Templo.
- 5.- A partir del año 65, posiblemente en la década de los años 70-80 d. C.
- 6.- La fuente Q., el evangelio de Marcos, posiblemente Mateo y la predicación de Pablo, más la documentación propia del evangelista.
- 7.- Lucas resalta especialmente en su evangelio la universalidad de la Buena Nueva.
- 8.- Mateo dirige su evangelio a los judíos y tiene como idea central proclamar que Jesús es el Mesías esperado que habían vaticinado los profetas.
- 9.- Jesús se designa a sí mismo como “Hijo del Hombre”
- 10.- Los evangelistas escriben sus obras para despertar la fe de sus lectores y para mantenerles en vigilia hasta la segunda venida de Cristo.